

Andrea Bajani

Saludos cordiales

Prólogo de Ascanio Celestini

Traducción del italiano de Carlos Gumpert

 Siruela

Nuevos Tiempos

Prólogo

En Italia mueren cuatro trabajadores al día.

Los demás empiezan el día sobreviviendo a la precariedad y al desaliento, al amianto y a los pesticidas. Miran a su alrededor y se les vienen a la cabeza las estadísticas sobre despidos y los contratos de trabajo temporal. Porque a los cuatro muertos de verdad hay que añadir también los zombis. Esos que no se precipitan desde los andamios ni arden en las acererías. Esos que desaparecen de las oficinas o de las fábricas y no tienen el privilegio de dejar a sus familiares un puñado de euros del seguro o de transferirles la pensión, sino que se deslizan en el tiempo abstracto del desempleo.

Una vez hecho el nudo de la corbata o abrochada la cremallera del mono, todo el mundo respira en las empresas un aire que apesta a muerto, por más que fichen, con una sonrisa o con una mueca, acerquen la tarjeta magnética y crucen el torno. Tapándose la nariz, pasan por encima de los cuatro cadáveres del día anterior, apartan la mirada de los muertos vivientes y ocupan su sitio en el airecillo desodorizado de oportunidades y flexibilidad, de economía aparentemente liberal. Transcurre un día más y mueren otros cuatro, y

con ellos hay otros tantos que se desmaterializan. Después empieza una nueva jornada. Los últimos difuntos son un obstáculo que hay que superar de un saltito, una pequeña barrera arquitectónica equiparable a una acera demasiado alta, a un tramo en mal estado de la carretera. Hay algo que transforma a los caídos en el trabajo, sean estos muertos, despedidos o no renovados, en una cuestión inevitable, en una formalidad. Pero no basta con tener pelos en el corazón, instinto de supervivencia o cinismo. Hace falta un rito. Algo que ponga el cierre a la cuestión, *Requiescant in pace*, amén o saludos cordiales.

La gran virtud de una corrida de toros estriba en exhibir la muerte sin acarrear dolor a quien la contempla. En caso contrario, los turistas evitarían volar hasta España, pagar la entrada y ponerse en fila para acceder a la plaza. Irían directamente al matadero de su propia ciudad. Cuando yo era un niño, tenía un compañero de clase al que le habían regalado un falso cartel de una corrida con nombres verdaderos de toreros y su nombre escrito junto al de ellos. Se lo había traído un tío suyo que viajaba a menudo al extranjero. Uno que le había prometido llevárselo algún día con él para ver ese maravilloso espectáculo. Pero ¿se trata realmente de un espectáculo? En un famoso texto, recuerda Barthes que «la virtud del *catch* es la de ser un espectáculo excesivo», precisamente porque no se trata de un deporte, no importa quién gana o quién pierde, no importa saber si es verdadero o falso el dolor que experimentan los contendientes. Al contrario, hay buenas probabilidades de que todo no sea más que una puesta en escena y, de hecho, «el espectador no

anhela el sufrimiento real del combatiente, se complace en la perfección de una iconografía»¹, al igual que suele ocurrir ante la muerte de un personaje interpretado en el teatro por un buen actor. Un teatro sin elaboración del discurso. Un teatro hecho de actos concretos, aunque no lo suficiente como para devenir verdaderos. Por el contrario, en la corrida se mata y se muere de verdad. Como en el matadero. Y todo ocurre sin dolor. Este se halla herméticamente encerrado en el pesado cuerpo del animal que entra en el ruedo sin posibilidades de sobrevivir. Entra ya muerto para recibir el contrabautismo. ¿Qué es lo que nos salva de sentir rabia por esa inútil violencia? ¿Qué es lo que nos impide que nos sintamos desfallecer como ante una ejecución cualquiera? El toro entra vivo en el ruedo, podríamos salvarlo, pero no lo haremos. Y, sin embargo, vemos un gato en la autopista y hacemos todo lo posible para esquivarlo, corriendo incluso el riesgo de acabar con nuestra propia vida por una maniobra brusca. En cambio, queremos ver cómo el toro la palma, pagamos la entrada y le prometemos a nuestro sobrino que pronto podrá asistir al espectáculo él también. Exultamos extasiados cuando cae derrumbado. Exultamos sin dolor. Incluso el gato aplastado en la autopista nos causa una impresión peor.

La diferencia está en el matarife que comete el delito.

El torero es hermoso, fascinante en su traje ajustado y bordado. Algo afeminado incluso, como ciertos bailarines o ciertos fotomodelos. Sus gestos son leves y precisos. No

¹ Ambas citas están tomadas de Roland Barthes, *Mitologías* (Siglo XXI, México, 1970, 1999¹²); traducción de Héctor Schmucler. (*N. del T.*)

mata al toro, sino su bestialidad. No es el hombre el que prevalece, sino su elegancia.

Sensibilidad, empatía, cordialidad, firmeza, consideración hacia sus semejantes son las cualidades del escritor de cartas de despido, pero su jefe le llama «matarife». Es un torero que oculta la muerte tras sus pasitos de primer bailarín. Una vez, en Suiza, vi cómo una señora muy distinguida recogía elegantemente los excrementos de su perro con una bolsita de papel. El gesto transformaba la mierda en profiteroles. Con la misma ligereza, el matarife de Bajani da comienzo a sus cartas. «Antes que nada, ¡muy feliz cumpleaños!», «Y mientras escuchaba el padrenuestro, apreciado Sparacqua, fue cuando se me vino a la cabeza su nombre», «Escribirle a usted es, en cierto modo, como escribirme a mí mismo», «Me embarga una enorme alegría al disponerme a escribirle estas breves líneas de agradecimiento». Y después los despide concluyendo con «no pierda el tiempo con las estupideces del trabajo», «el futuro se le abre de par en par como un sosegado mar detrás de las montañas», «vaya a reconquistar su sonrisa», «¡considérese desde este momento libre para ir a reunirse con el resto de los viejos!». La empresa ya ha tomado su decisión, no habrá conciliación posible, la sentencia de muerte ya ha sido firmada y lo único que se precisa es hallar la manera de entregársela al condenado. El despedido está delante de nosotros, exhala aire por la nariz y levanta algo de polvo al piafar en el ruedo, pero nosotros lo vemos ya ensartado. Entre nuestros ojos y su final solo queda el saltito del torero que en *Saludos cordiales* son las florituras del matarife en las sugestivas cartas que es-

cribe. Cartas capaces de sostenerse por sí mismas en medio del libro. Sin comentarios del autor, aunque tampoco de los desafortunados que las reciben. Porque haría falta un individuo de carne, hueso y conciencia para descubrir el truco de la falsa cordialidad del despido, para mostrar que la corrida es un matadero. Por el contrario, en el relato solo hay personas aparentes, fantasmas de individuos. Al igual que en el hospital, donde «ya no hay cuerpos, sino despojos de piel aferrados a los huesos como camisas a los percheros», o en la oficina, donde las bermudas, las chanclas y el kimono reivindicaban la individualidad un día a la semana. Tan falsos como el falso cartel de la corrida en la que se imprime el nombre del turista para que pueda sentirse un poco torero. Tan falso como la falsa danza del matador que oculta una auténtica ejecución. Tan falsa como «la falsa noche de la ciudad, donde nunca está oscuro del todo, ni siquiera de noche».

Andrea Bajani es un escritor que se afana por comprender en qué se convierten las cosas después de que las hayamos visto. Qué eran antes de que pasaran por delante de nuestros ojos. Lo que nos cuenta es algo que cambia. Porque hay un momento en el que las cosas cambian. Cambian porque cambian las relaciones, como el personaje que pasa del «usted» al «tú» sin darse cuenta. Cambian y ya está, como la cirrosis hepática que se ceba en el hígado del director de ventas que nunca había bebido. Sin mirar a los personajes ni sus entornos en el curso de cierto tiempo todo parece sensato. En el tiempo detenido de las fotografías las personas siempre parecen conocerse todas. Amigos todos,

historias todas que se mueven juntas, relaciones. Incluso en las que captamos al vuelo. Un paisaje inmóvil en su marquito. Y tal vez sea solo gente que pasaba por casualidad, que no se conoce, que ni siquiera se acordará de haber tropezado con tu objetivo. Basta con pararse a observar un poco, a comparar el antes con el después, y esas figuras se nos aparecen como una intriga de notas discordantes, como las azafatas que «hasta el último día seguirán explicando qué hacer antes de morir», como la gente que ya ha dejado de miraras, como el personaje de Andrea Bajani que tampoco las mira, que mira él también por la ventanilla. Y sobre tales disonancias no expresa juicio alguno, sino más bien un discreto estupor que no dejaría de ser un sentimiento reprimido si al otro lado del mundo falso no estuviera el mundo verdadero de Martina y Federico. Unos niños que no son la alternativa, sino la posibilidad de que pueda existir una alternativa. Que es necesario ir a buscar a algún sitio. Porque tal vez exista aún. Aunque no por mucho tiempo.

En Italia mueren cuatro trabajadores al día.

Los demás sobreviven a la precariedad y al desaliento, al amianto y a los pesticidas. Sucumben a la corrupción y al *mobbing*, al populismo y a la costumbre, a la burocracia y a la mafia, a los partidos y a los sindicatos. Hay quien se arma y lucha, se autoorganiza y toma conciencia, en parte para no ahogarse en las aguas altas de la burocracia y en parte por convicción, en parte por casualidad y en parte por equivocación. Todos, vivos y muertos, supervivientes y naufragos, son la chusma anémica a la deriva en el mar contaminado del trabajo. En nuestra zona del mundo, la bomba

ya ha estallado. Mis zapatos y mi sombrero, el juguete de mi hijo y hasta los frutos secos que estoy comiéndome provienen de China o de Rumanía (donde está ambientada otra novela de Andrea). Entre nosotros, el trabajo es un zombi asustado por el alba que lo reducirá a cenizas, desenmascarando su inconsistencia. Un fantasma que arrastra ruidosas cadenas, pero que es más falso que la sábana que lo cubre. Este cementerio al que llamamos mercado o economía global o globalizada hemos de embellecerlo y ofrecerlo como un producto comerciable aún. Sí, es un camposanto, desde luego. Un rincón de terreno no edificable en el que puede transformarse el final de la vida provisoria en la eternidad de la muerte sin fin. Es el cementerio de Père-Lachaise con las tumbas de los famosos del pasado, junto a las que nos gusta que nos saquen una fotografía. Es la paga extra o las vacaciones pagadas o el subsidio de desempleo, pero están presentes entre nosotros como la lápida de Jim Morrison o de Rossini, Maria Callas, Chopin o Modigliani. Como las cenizas de Gramsci que Pasolini visita en Porta San Paolo. Es la corrida de toros en la que la muerte se transforma en una ceremonia sin dolor, en un espectáculo donde todavía se nos permite creer que somos espectadores con la entrada en la mano. Ese billete de acceso que nos asegura también una salida sin consecuencias desagradables. Y, por el contrario, ese toro musculoso y extraviado somos nosotros. Y sin embargo aún nos queda la posibilidad de que el torero sucumba. De que la víctima sobreviva al matarife. De que el cuerno gane a la espada. Aún nos queda. No por mucho tiempo.

Ascanio Celestini, 2008

«Os escribo una larga carta porque no tengo tiempo para escribir una breve».

VOLTAIRE

Cuando han convocado al director de ventas, este se ha presentado con su abogado. Hacía semanas que le daban por muerto y lo dejaban al final del pasillo maquillándose con llamadas telefónicas a los clientes. Todo está bajo control, todo va bien. Pero después le han llamado. Al pasar junto a nosotros, se ha limitado a decirnos que salía un momento, que es como decir todo está bajo control, todo va bien, aunque tenga a mi abogado esperándome fuera.

Dentro le han dicho A partir de mañana ya no trabajará usted en esta empresa, firme por favor al pie del documento, al lado de la cruz. Él mirará a su abogado con el bolígrafo en vilo sobre la hoja, y el abogado arqueará la espalda diciendo Mi cliente y tranquilizando con la mirada a su cliente, Todo está bajo control, todo va bien. Se entablará una negociación sobre el precio de sus veinte años de trabajo, sobre su valor en el mercado, sobre el futuro de sus hijos. El abogado exigirá ulteriores ceros en la cifra, enarbolándose, y repetirá Mi cliente, confiando en que una mayúscula de más pueda atemorizarles. Pero ellos sonreirán, aludirán a Su

cliente como un hombre acabado, que llevaba tiempo oliendo a muerto, hasta el extremo de que sus colegas lo dejaban solo en un rincón de la oficina, vamos que ni se les pasaba por la cabeza aumentarle cero alguno. El abogado intentará inútilmente un enésimo acuerdo y ellos sonreirán de nuevo, repitiendo Su cliente, como si aquel fuera un asunto que hubiera de resolverse entre la empresa y el abogado, y no entre la empresa y el señor aquel que estaba ahí sentado.

Después le han dicho Al no trabajar ya con nosotros, a partir de mañana Su cliente no podrá seguir beneficiándose de las prerrogativas asociadas al puesto que ocupaba en nuestra compañía. El abogado invitará a su cliente a secundar la solicitud, y todo adquirirá rápidamente la apariencia de un robo a mano armada. El director de ventas se pondrá en pie con la cara tensa y, metiéndose las manos en los bolsillos, sacará las llaves del coche y las dejará sobre la mesa delante de los dos señores. Después volverá a meterse las manos en los bolsillos y sacará el teléfono móvil, dejándolo sobre la mesa junto a la tarjeta de crédito, la ficha magnética para entrar en la empresa y el ordenador portátil. A continuación, se sentará con la cara tensa frente a ese montón de prótesis empresariales, repentinamente inútiles por caducidad de los plazos.

Los dos hombres se mirarán húmedos de satisfacción, y le estrecharán la mano al abogado deseándole buena suerte. Le aconsejarán que no pierda de vista a su cliente, quien entretanto se habrá levantado, encaminándose hacia la puerta, cada vez más impregnado por su hedor a muerte. Los dos

hombres acompañarán hasta la puerta al abogado, pertinaces en hacer caso omiso al exdirector de ventas de la compañía. En el umbral sonará un teléfono y todos mirarán el móvil del exdirector de ventas, quien pedirá permiso para volver a entrar y, al responder, dirá El usuario al que usted ha llamado a partir de mañana no podrá seguir operando con este teléfono. Le rogamos que no vuelva a intentarlo nunca más.

A continuación saldrán, el abogado y su cliente; el primero le dará a entender al segundo que todo había salido según lo previsto, y que, por lo tanto, todo estaba bajo control. Los colegas les verán pasar y simularán una normalidad hecha de saludos, de títulos honoríficos y de mayúsculas de deferencia. Pero se llevarán una mano a la nariz, para tapar ese infernal olor a muerte que se desprendía del cuerpo del exdirector de ventas escoltado por su abogado.

Después se marcharán y no se dirán una sola palabra durante gran parte del trayecto, caminando uno al lado del otro.